

SERMON

DEL

SANTÍSIMO CRISTO DE LA BUENA DICHA.

Ad populos exaltabo signum meum.
Levantaré mi bandera á los pueblos.
Isai. cap. XLIX, v. 22.

Qué suave, qué halagüeño, qué dulce pensamiento me inspira la vista de este concurso inmenso congregado dentro de los muros de esta santa Sion! Ese espíritu que os atrae en derredor de ese árbol bendito, despierta en mi ánimo la tierna y religiosa emoción que en otro tiempo hizo esclamar al real Profeta: Levanta, pueblo mio, levanta: dirige una mirada en tu derredor, y entre la multitud religiosa que por do quiera te rodea verás descollar la bandera del divino Moisés sobre el desierto de este mundo para salud y redención del hombre; venid y ved los prodigios de amor y de consuelo que ha obrado Jesucristo sobre la faz de la tierra; inclinad vuestros oídos á mi débil voz, y oireis las maravillas que ha obrado en Israel. ¡Ah! Esta nación tan favorecida del cielo como ingrata á sus beneficios, ve por fin acercarse los días de salud tan suspirados en que

el Dios de las misericordias, compadecido de su larga y penosa esclavitud, viene á recuperar su libertad. Para la ejecución de empresa tan gloriosa convoca á los pueblos, á las naciones y á todas las tribus, y á su presencia les hace ver cuán ineficaces y limitados fueron los esfuerzos y el valor de sus capitanes, de sus caudillos y de sus mas esforzados guerreros para salvar á su pueblo de la humillación y abatimiento. Solo al Fuerte, al Invencible, al Dios inmortal le es fácil levantar de entre lo mas pobre de Israel la hermosa generación de Jacob: el conceder una salud universal y afianzar una cumplida y estable alianza por ministerio de un mediador divino, que al imperio de su voz queden rotos los grillos y cadenas de su largo cautiverio: así es, señores, y cuando llegó el momento deseado, la luz se ve brillar en Jerusalem, y al través de sus resplandores se percibe la gloria del Señor: la justicia y la paz sempiterna se estrechan con ósculo de amor, tan afianzado y estable que pasará mas allá de los siglos futuros.

¡Tan liberal y clemente es Jesus para el hombre! ¿Qué mucho que los verdaderos fieles le correspondan con sus adoraciones? ¿Qué extraño que este cristiano pueblo imitando el fervor del piadoso israelita Helcana, consagre este día al culto y alabanza de Jesucristo crucificado en esa preciosa imagen de la Buena Dicha? Vosotros, amadísimos fieles, teneis un doble motivo para llenar este deber de gratitud, por ser este santo templo el depositario de esa preciosa joya, donde tiene fija su morada para velar de cerca en defensa de sus habitantes como porción dichosa de la casa de Jacob. *Ad populos exaltabo signum meum.* Bendito seais,

mi Dios; bendita la gloria de tu majestad: los ángeles en el cielo, los hombres y las criaturas todas en la tierra te alabamos sin cesar, te confesamos Dios grande: invocaremos tu santo nombre, cantaremos tus maravillas y....; pero seguid vosotros los cánticos inspirados con el real Profeta, en tanto que yo me dispongo á preconizar los designios de nuestro Divino Salvador hácia el hombre, segun lo permita mi limitada capacidad, valiéndome al efecto del brillante testimonio de Isaías, *ad populos exaltabo signum meum*. Oid mi pensamiento en dos palabras. *Jesucristo exaltado en la cruz es la salud y remedio de los hombres, y los que le invocan con verdadera fé experimentan su especial proteccion.*

Para que yo pueda desenvolver estos pensamientos con la claridad que es debida, ayudadme á impetrar los divinos auxilios, que no dejarán de venir en mi ayuda, si interponemos la mediacion de la Santísima Virgen, á la que en prueba de nuestro afecto saludaremos repitiendo las espresiones del celestial Parainfo. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Huid de este recinto, espíritus orgullosos, venció el Leon de Judá: el Fuerte de Israel conquistó el tiránico imperio de huestes infernales, triunfó Jesus del soberbio Amalec; consiguió completa victoria; pero sin aquel aparato hostil y ruidoso con que lo hacen por lo comun los conquistadores de la tierra, que no saben vencer sino á costa de sangre de centenares de víctimas, llevando por trofeo de sus victorias el incendio, la desolacion y esterminio de populosas ciudades, que

sirven de escala para subir á la cumbre de grandeza ficticia y puramente terrenal, coronando sus sienes con laureles salpicados con la sangre de indefensos ciudadanos. No así nuestro Divino Salvador, que no sabe manejar otras armas para sus conquistas que su dulzura, su amor y benevolencia, y con ellas recoge por despojos el esterminio y fin de la idolatría; ni ambiciona otra corona y grandeza que las humillaciones y el abatimiento de la cruz.

Así convino que el Hijo de Dios se humillase para confundir la soberbia del hombre y dar una satisfaccion cumplida por su pecado. ¡Desgraciada naturaleza por descender de un tronco corrompido! ¡Ah! El solo recuerdo de aquella fatal caída nos pone de relieve nuestra espantosa postracion. Apenas el desgraciado Adán se rebela contra su Hacedor y su Dios, cuando la paz y la inocencia, brillantes dones con que habia sido enriquecido, desaparecen de la faz de la tierra y un diluvio de males inunda el universo. Al golpe del primer pecado aparece el hombre marcado con el sello de reprobacion; no es ya á los ojos del Altísimo el objeto de sus caricias, y cargado con las funestas consecuencias de su delito y arrastrando en pos de sí á toda la humanidad, huye de la presencia de Dios que le arroja de sí como juez inexorable. ¡Cambio fatal! La voz de un Dios ofendido solo se percibe entre truenos y relámpagos, y los nombres de vengador y de terrible son los caracteres con que se da á conocer á todas las generaciones. Vedle ya corriendo sobre las aguas del mar dilatado en los dias de Noé. Sentado otras sobre las cenizas de Pentápolis, viendo tranquilo asolarse el pais mas fértil del mundo por el ímpetu de las llamas, sin que las súplicas de

Abraham sean bastante eficaces á aplacar su enojo. ¿No le veis muy ocupado entre las olas revolviendo las aguas de un caudaloso rio para inundar al soberbio Faraon con su numeroso ejército? ¿No le veis... pero qué es lo que intento? ¿á donde voy? ¿Quién pone límites á la conducta de todo un Dios cuando arma su potente brazo con la espada de la divina venganza? Tomad, hermanos míos, los libros santos, leed la historia del universo, tal vez entre la confusion y espanto no tardareis en tropezar con los ministros de un Dios terrible, apostados sobre las puertas del Paraiso vibrando una espada de fuego para impedir la entrada al infeliz Adan: jurar otros por el que vive en todos los siglos de concluir con su descendencia; de otra parte observareis gravarse mas y mas la mano del Señor porque de dia en dia cunde la iniquidad sobre la tierra. Tanta era la deformidad de la naturaleza caída y tal el diluvio de males que le rodeaban, que apenas el Criador conocia la obra de sus manos. ¡Ah! ¡Desgraciado del hombre! Tus dias habrán de pasar por continuas tribulaciones y amargo llanto.

Pero no, un mediador divino enjugará prontamente nuestras lágrimas, y á la oscuridad y sombras de la muerte sucederán dias claros y serenos, porque el amoroso corazón de Jesús vá á tomar sobre sí las consecuencias del pecado. Ya su dulce y consoladora voz se deja oír del real Profeta: Iré, le dice, á consolar y remediar á mi pueblo; bajaré á visitar á los que moran en las tinieblas y sombras de la muerte. Tan deseada promesa tiene su cumplimiento en la plenitud de los tiempos, y cuando hubo llegado el momento dichoso se percibe una suspension misteriosa en los cielos y en la tierra. Sobre Jerusalem tiene el universo fijos sus

ojos; los cielos se abren y las nubes destilan al justo, al grande, al anunciado por tantos profetas, al deseado de las naciones: así es; la tierra es desde este dia la morada del Salvador para destruir el cuerpo del pecado en que yace toda la carne.

¡Y quién lo creyera! Apenas se dá á conocer al mundo, cuando ya es el blanco de las furias de sus mas favorecidos. El cruel Herodes le espia desde la cuna, y para asegurar la muerte del que es autor de su vida, hace publicar un bárbaro decreto que costó la sangre de catorce mil inocentes. ¡Cómo! ¿El libertador de Judea, de Samaria y de Jerusalem perseguido y desconocido de su pueblo? ¿Vendido por uno de sus discípulos y abandonado de sus Apóstoles? ¿Quién creyera tal conducta en sus mismos redimidos, que olvidando el noble sér de racionales, maquinasen bruscamente contra la inocencia misma? Sin embargo, pareceria paradoja los insultos, denuestos y tormentos que tuvo que sufrir y tolerar Jesucristo en su último suplicio, si la historia sagrada, su Evangelio, la tradicion y la fé no lo estuviera patentizando. Paremos un momento nuestra consideracion en algunas circunstancias de su dolorosa pasion. Vedle representado en esa devota y compasiva imagen. Fijad una mirada atenta y cual verdadero Isaac le vereis cargado y asido al instrumento de su suplicio, que entre insultos y caidas, regando con su sangre las calles de Jerusalem y coronado de agudas y penetrantes espinas, camina hácia el pendiente y escabroso monte Calvario. Preparad vuestras lágrimas si habeis de continuar en su seguimiento hasta el monte del sacrificio. Es en verdad un espectáculo triste y patético lo que registra nuestra vista en aquel sitio donde va

á ser inmolado el inocente Cordero por los pecados del hombre. ¡Ah! La pesada cruz que con tantos trabajos y fatigas la subió sobre sus lastimados hombros, ya está tendida en el suelo, y en tanto que preparan los barrenos para coser sus delicadas carnes al duro leño, otros verdugos despojan sin piedad á Jesus de sus vestidos, y en tanta desnudez, llevado solamente de su obediencia á su Eterno Padre y de su amor á los hombres, y sin la menor violencia sube Jesus al trono de su dolor, se postra en tierra y él mismo coloca sus destrozadas espaldas sobre el tosco madero de la cruz, estiende sus brazos y sus manos y presenta sus piés para que sean taladrados por crueles clavos: un pesado martillo vibrando en las manos de un inhumano verdugo golpea un enorme clavo en la palma de la mano hasta que la hubo atravesado de parte á parte á ella y al madero. Quién es capaz de imaginar las convulsiones y dolores que debió experimentar su delicada humanidad en aquella violenta rotura de nervios, de músculos, de venas, de... basta, basta, que mi ánimo desfallece y vuestros compasivos corazones se conmueven en extremo al solo recuerdo de tanta barbarie y crueldad. Suspended por hoy, en dia tan festivo y solemne, de contemplar á Jesucristo hecho un varon de dolores en el monte de la mirra: convertir vuestro llanto en alegría y contento porque ya subió á los cielos triunfando de la muerte y del pecado, y su sangre mas pura y eficaz que la de Abel, y las humillaciones de la cruz, y sus llagas abiertas en presencia del Dios Padre, son la mejor garantía de nuestra reconciliacion. Ya el Señor es Padre de aquellos que fueron objeto de sus iras: los vestigios y huellas de la antigua prevaricacion desaparecieron para

siempre, porque si abundó el delito sobreabundó la gracia. Apenas tuvo cumplimiento este misterio de piedad se despoja Jesucristo de aquel carácter severo y terrible de juez, y su corazon y sus ojos los tiene fijos en el hombre. El Dios Omnipotente por su parte jura por sí mismo que las aguas del diluvio no volverán á inundar la tierra porque está salpicada de la sangre inmaculada de su Hijo.

Gracias inmortales sean dadas á nuestro Dios misericordioso, porque habiéndonos dado á su Unigénito nos hizo todo bien. Eternamente, Dios mio, cantaremos con David vuestras bondades: nuestras lenguas publicarán sin cesar que fuísteis pródigo en las promesas para nuestra redencion. No, no habrá ya filisteos incircuncisos que persigan á un pueblo favorecido con vuestros dones; ni otro Amalech que nos impida el paso por el desierto de este mundo para arribar á la verdadera tierra de promision, porque vivificados con la sangre de Jesus venceremos al mundo, á las pasiones y á tantos peligros como nos rodean. La cruz, instrumento de afrenta y de ignominia, es ya para el cristiano el trofeo de su victoria, es el asilo seguro de los verdaderos fieles, es la señal levantada sobre los pueblos y naciones para constituir de todos los hombres una sola familia. *Ad populos exaltabo signum meum.*

Y qué ¿habremos conseguido los frutos de la redencion con solo los méritos del Salvador? ¿Nada tendrá ya el cristiano que hacer para alcanzar la vida eterna? Así pensó verdaderamente el impío Lutero, esplicando á su modo las últimas palabras que pronunció Jesucristo en la Cruz. *Consummatum est.* Todo está hecho, sí, todo está cumplido por parte de nuestro divino Redentor: nada le quedó que hacer